
ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Dunsinania.—Habitación en el castillo.

Entran un DOCTOR y una DAMA.

DOCTOR.—Dos noches hemos velado juntos, pero no he visto confirmada la verdad de vuestro relato. ¿Cuándo fué la última vez que la visteis pasear?

DAMA.—Desde que su Majestad fué á campaña la he visto levantarse, echarse la bata, abrir su pupitre, sacar papel, doblarlo, escribir en él, leerlo luego, sellarlo y volver otra vez al lecho; y todo esto completamente dormida.

DOCTOR.—Grave perturbación demuestra en sus facultades gozar á la vez del beneficio del sueño y ejecutar actos que corresponden á la vela. En ese perturbado sueño, además del andar y de otras manifestaciones, ¿no recordáis si alguna vez ha dicho algo?

DAMA.—Señor, lo que no repetiré jamás.

DOCTOR.— A mí podéis hacerlo. Y aun es conveniente que lo hagáis.

DAMA.—Ni á vos ni á nadie, pues no tengo testigos que confirmen mis asertos.

Entra LADY MACBETH con una vela encendida.

Mirad, aquí llega. Esta es su apariencia usual, y por vida mía que está dormida completamente. Observadla. Aproximaos.

DOCTOR.—¿De dónde tomó esa luz?

DAMA.—La tenía á su lado. Tiene luz junto á sí constantemente. Es orden expresa suya.

DOCTOR.—Sus ojos están abiertos.

DAMA.—Sí, pero cerrados á la sensación.

DOCTOR.—¿Qué hace ahora? Ved cómo se restrega las manos.

DAMA.—Es acto usual en ella. Hacer como que se lava las manos. La he visto continuarlo por un cuarto de hora.

L. MACB.—Aún queda aquí una mancha.

DOCTOR.—Oíd. Habla. Anotaré lo que diga para que sirva de garantía á mi memoria.

L. MACB.—¡Fuera, maldita mancha! ¡Fuera, digo! ¡La una! ¡Las dos! ¡Vaya! Ya es tiempo de ponerlo por obra. ¡Qué lóbrego está el infierno! ¡Qué vergüenza, dueño mío, qué vergüenza! ¡Soldado y tener miedo! ¿Qué importa que llegue á saberse, si nadie puede pedirnos cuenta? Pero ¿quién pudo imaginar jamás que aquel viejo tuviera tanta sangre?

DOCTOR.—¿Oís eso?

L. MACB.—El señor de Faife tenía esposa. Ahora ¿dónde está? Pero qué, ¿no he de poder ver limpias estas manos? Cesa, dueño mío, cesa. Todo lo echas á perder con esos sobresaltos.

DOCTOR.— ¡Vaya! ¡Vaya! Sabéis lo que no debíais saber.

DAMA.—Ha dicho lo que no debía decir. Segura estoy de ello. El cielo sabrá lo que ella sabe.

L. MACB. Todavía huelen á sangre. Ni todos los perfumes de la Arabia quitarán el olor de esta pequeña mano mía. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

DOCTOR. — ¡Qué suspiro! ¡Grave carga lleva ese corazón!

DAMA. — Ni por toda la dignidad que el cuerpo tener pudiera llevara yo tal corazón en mi pecho.

DOCTOR. — ¡Bien! ¡Bien! ¡Bien!

DAMA. — Rogad á Dios que así sea.

DOCTOR. — No alcanza mi ciencia á curar semejante enfermedad; y sin embargo, somnámbulos he conocido que murieron santamente en sus lechos.

L. MACB. — Lávate las manos. Ponte la bata. No estés tan pálido. Te repito que Banquo está enterrado. Que no puede salir de su tumba.

DOCTOR. — ¡Eso más!

L. MACB. — Al lecho, al lecho. Lllaman á la puerta. Ven. Ven. Ven. Dame la mano. Lo hecho no puede deshacerse. Al lecho. Al lecho. Al lecho.

DOCTOR. — ¿Se irá á la cama ahora?

DAMA. — Inmediatamente.

DOCTOR. Va la murmuración de boca en boca.

Acciones inhumanas, inhumanos

Trastornos causan, y la mente infecta

Á la almohada sus secretos fía.

Confesor y no médico requiere.

Dios, Dios perdone á todos. Vigiladla:

De su lado apartad cuanto la dañe:

Ni os separéis de ella. Buenas noches.

Mi mente hirió; mis ojos ha asombrado;

Pensaré, mas conviene estar callado.

DAMA. Buenas noches tengáis, Doctor amigo.

ESCENA II.

Campo cerca de Dunsinania.

Entran con tambores y banderas MENTEITH,
CAITHNÉSS, ANGUS, LÉNNOX y soldados.

MENTEIT. El ejército inglés, que Málcolm guía
Con Suardo y con Macduff, rápido avanza.
Vengativo rencor en ellos arde,
Y al más tibio excitar su causa debe
A la sagrienta y hórrida pelea.

ANGUS. De Birnam en la selva los veremos,
Que por ese sendero se adelantan.

CAITHN. ¿Donalbain se ha reunido con su hermano?

ANGUS. Seguramente no. Tengo la lista
De los nobles. De Suardo viene el hijo,
Y otros muchos donceles de alta cuna
Que hoy de hombres ufanos alardean.

MENTEIT. Y el tirano ¿qué hace?

CAITHN. A Dunsinania
Con ardor fortifica. Dicen unos
Que demente ahora está; mas otros dicen,
Que acaso menos odio le profesan,
Que es furor por luchar. De todos modos,
No puede con el cinto de su mando
Ceñir el talle de su enferma causa.

ANGUS. Ni de sus manos despegar ya puede
Los crímenes ocultos. Patentizan
Su deslealtad continuas deserciones.
Si manda, le obedecen porque manda,

No por afecto; y ve que su grandeza,
Como vestido de gigante, envuelve
El talle de un raquíico ratero.

MENTEIT. ¡Qué extraño es que tiemble ni que luce
Su dañado interior, cuando es preciso
Que todo allí se juzgue condenado!

CAITHN. Marchemos á prestar nuestro homenaje
Donde es debido. Nuestra sangre toda
Unamos á la noble medicina
Que ha de purgar á nuestra enferma patria.

LÉNNOX. O toda, ó la bastante, porque riegue
La altiva planta y que la hierba anegue.
Hacia la selva de Birnám marchemos.

(Vanse marchando.)

ESCENA III.

Dunsinania.—Habitación en el castillo.

Entran MACBETH, DOCTOR y servidores.

MACBETH. ¡No más noticias! ¡Llévelas el aire!
Hasta que el bosque de Birnám se acerque
A Dunsinania, duerman mis temores.
¿No nació de mujer el niño Málcolm?
Los genios que conocen el futuro
Se expresaron así: «Macbeth, no temas,
Que sér ninguno de mujer nacido
Te ha de dañar.» Huid, traidores nobles.
Id con los epicúreos de Inglaterra.
El alma audaz y el corazón valiente,

Ni admite dudas ni temores siente.

Entra un SIRVIENTE.

Negro el diablo te ponga á maldiciones,
Menguado de alba faz, ¿de dónde hubiste
Ese mirar de liebre?

SIRVIEN. Diez mil...

MACBETH. ¿Liebres?

SIRVIENT. Señor, guerreros.

MACBETH. Hiérete la cara,
Y colora tu espanto, rapazuelo;
¿De qué guerreros hablas, miserable?
¡Ira de Dios! Tus pálidas mejillas
Del pánico aparecen consejeras.
¿De qué guerreros hablas, faz de suero?

SIRVIENT. Del ejército inglés.

MACBETH. ¡Tu rostro esconde!
¡Siton! Mi corazón ya desfallece
Al contemplar... ¡Eh, Siton! Este trance
Ha de afirmar ó destruir mi trono.
Largo tiempo viví. La vida mía
Se agosta, y su follaje amarillea.
Lo que va en pos de la vejez que avanza,
Honra, afecto, lealtad, caros amigos,
No puedo pretender. Tan sólo espero
Profundas, si calladas maldiciones,
Adulación servil, aliento vano,
Que el corazón veraz anularía.
¡Siton!

Entra SITON.

SITON. Señor, espero vuestra orden.

MACBETH. Las nuevas más recientes...

SITON. Son exactas

Las noticias, señor, que os han traído.

MACBETH. Lucharé sin cejar hasta que arranquen
A pedazos la carne de mis huesos.
¡Mi armadura!

SITON. Señor, aun no precisa.

MACBETH. La vestiré. Recorran más jinetes
Todo el país. Caduzcan á la horca
Á quien hable de miedo. ¡Mi armadura!
¿Y la enferma, Doctor?

DOCTOR. Su mal no es grave;
Mas la acosan constantes fantasías
Que descansar la impiden.

MACBETH. Curad eso.
¿No podéis dar auxilio al alma enferma,
El dolor desraigar de la memoria,
En el cerebro obliterar lo escrito,
Propinar dulce antídoto que logre
Desalojar del pecho la ponzoña
Que oprime al corazón?

DOCTOR. Tales dolencias
A sí propio curar debe el paciente.

MACBETH. A perros arrojad vuestros brebajes:
Yo no los necesito.—¡Mi armadura
Ceñidme luego! ¡Mi bastón de mando!
Ordenad, Siton, vos.—Doctor, los nobles
Huyen de mí.—Mostraos diligente.—
Si vos, Doctor, al desbordado río
Volver lograrais al antiguo cauce;
Si descubrir pudierais su dolencia,
Y restaurarais su salud perdida,
Del eco resonaran los aplausos
Con mis aplausos. Extirpad sus males.—
¿Qué sen ó qué ruibarbo, cuáles drogas
Nos pudieran purgar de esos Ingleses?

¿Algo de esto sabréis?

DOCTOR. Sí tal: los regios

Preparativos siempre se traslucen.

MACBETH. Yo los precederé. Si á Dunsinania
El bosque de Birnám hoy no camina
No temo ya ni muerte ni rüina. (Vase.)

DOCTOR. Si yo de Dunsinania huir pudiera,
Por dinero jamás aquí volviera. (Vase.)

ESCENA IV.

Campo cerca de Dunsinania.—Un bosque á la vista.

Entran con tambores y banderas, MÁLCOLM, el viejo
SUARDO y su HIJO, MACDUFF, MENTEITH, CAITHNÉSS,
ANGUS, LÉNNOX, ROSS y SOLDADOS marchando.

MÁLCOLM. Deudos, confío en que llegó el instante
De hallar albergue en nuestras propias casas.

MENTEIT. ¿Quién lo duda?

MÁLCOLM. ¿Qué bosque es el que vemos?

CAITHN. El bosque de Birnam.

MÁLCOLM. Cada soldado
Corte una rama y ante sí la lleve;
Porque así nuestro número se oculte,
Y en sus cálculos yerren los espías.

SOLDADO. Así se hará.

SUARDO. Las gentes aseguran
Que, lleno de esperanzas, el tirano
En Dunsinania nuestro asalto espera.

MÁLCOLM. En eso ve su principal recurso,
Pues esos que pudieran darle auxilio,

Por una ú otra causa, le abandonan.
Sólo los obligados hoy le sirven,
Y el corazón aun de éstos se halla ausente.

MACDUFF. Nuestras justas censuras refrenemos
Hasta el ansiado fin, y mientras tanto,
Actividad guerrera nos incumbe.

SUARDO. El tiempo se aproxima en que sabremos
Lo que nuestro será, qué deberemos.
Humanos juicios las ventajas miden ;
Las realidades son las que deciden.—
Acérquelas la lucha. (Vanse marchando.)

ESCENA V.

Dunsinania.—Interior del castillo.

Entran, con tambores y banderas, **MACBETH**, **SITON** y
soldados.

MACBETH. En los muros izad los estandartes.
Gritando están que ahí vienen. El castillo
Se burla de un asalto. Aquí reposen.
Pasto serán del hambre y de la fiebre.
Si no los reforzaran desleales,
Fuéramos á su encuentro. Cara á cara
Arrollados serían. Mas ¿qué escucho?
(Óyense sollozos.)

SITON. Señor, es clamoreo de mujeres.

MACBETH. Ya se embotó mi paladar al miedo.
Otras veces helaba mis sentidos
Oír rumor nocturno, y mi melena,
Al narrarse un suceso pavoroso,

Cual si vida tuviese, se erizaba.
 Me alimenté de horrores hasta hartarme:
 Familiar á mi espíritu homicida
 Ya es la desolación, nada me afecta.
 Mas ¿qué grito fué aquél?

SITON.

La Reina ha muerto.

MACBETH. Más tarde debió ser. El tiempo propio
 Para palabra tal, otro sería.
 El «mañana», el «mañana» y el «mañana»,
 De día en día con menudos pasos
 Hasta el fin de la vida nos conduce,
 Y constante el «ayer» alumbra al necio
 Hasta dar con el polvo de la muerte.
 ¡Luz, apágate ya! Sombra ambulante
 Es la vida no más. Mero comparsa
 Que breve instante el escenario cruza
 Y se olvida después. Es de un imbécil
 El violento relato estrepitoso
 Que nada significa.

Entra un MENSAJERO.

A usar la lengua vienes. Habla presto.
 MENSAJ. Debo, señor, contaros lo que he visto;
 Pero apenas sé cómo.

MACBETH.

Pues bien, habla.

MENSAJ. De guardia en la colina, hacia la selva
 Me volví de Birnám, y juraría
 Que el bosque se movió.

MACBETH.

Mientes, esclavo. (Golpeándole.)

MENSAJ. Sufriré vuestro enojo si no es cierto.
 A tres millas de aquí selva ambulante,
 Cual digo, se aproxima.

MACBETH.

Si mentiste,

Del árbol más cercano suspendido

Vas á morir de hambre. Si acertaste,
 Hacer conmigo puedes otro tanto.
 Flaquea ya mi espíritu, y empiezo
 De ese genio á dudar que con mentiras
 Verdades dice. «Teme cuando llegue
 El bosque de Birnam á Dunsinania.»
 Y á Dunsinania un bosque se aproxima.
 ¡A la lid, á la lid! Presto salgamos.
 Si su aserto llegara á confirmarse,
 Inútil fuera huir ni aquí quedarse.
 Ya de la luz del sol harto me encuentro,
 ¡Y ansio que salga el mundo de su centro!
 ¡Repicad! Viento, ruge. Ruina, impera.
 Al yunque, por lo menos, que yo muera.

ESCENA VI.

Dunsinania.—Llanura ante el castillo.

Entran, con tambores y banderas, MÁLCOLM, el viejo
 SUARDO, MACDUFF y su ejército con ramas de árboles.

MÁLCOLM. Cerca estamos. Dejad el verde escudo
 Y apareced. Con vuestro noble hijo
 Y mi primo, guiad, amado deudo,
 Nuestro primer ataque. El valeroso
 Macduff y yo del resto nos cuidamos.

SUARDO. Quedad, señor, con Dios. Quien esta noche
 Con hueste del tirano aborrecido
 No supiere lidiar, quede vencido.

MACDUFF. Hienda el clarín el aire sin tardanza
 Con aullidos de sangre y de venganza.

(Vanse. Suenan clarines.)

ESCENA VII.

Otra parte de la llanura.

Suenan clarines.—Entra MACBETH.

MACBETH. Al potro me amarraron. Huir no puedo.
Mas puedo aquí batirme como el oso.
¿Quién no nació de madre? Sólo ese
Pavor puede infundirme.

Entra el joven SUARDO.

EL JOVEN SUARDO. Vuestro nombre.

MACBETH. De oírlo temblarás.

EL JOVEN SUARDO. No: ni aunque fuera
El más feroz que en el infierno existe.

MACBETH. Yo me llamó Macbeth.

EL JOVEN SUARDO. Ni el diablo mismo
Nombre más detestado pronunciara.

MACBETH. Ni más temido.

EL JOVEN SUARDO. Mientes. Con mi acero
Te probaré, tirano abominable,
Que mientes tú.

(Pelean, y Macbeth mata al joven Suardo.)

MACBETH. De madre tú has nacido.
Arma ninguna en mí su filo imprime,
Si hombre nacido de mujer la esgrime.

(Vase.—Clarines.)

Entra MACDUFF.

MACDUFF. El rumor allí suena. ¡Sal, tirano!
Si te hiere otra espada que la mía,

Las sombras de mi esposa y de mis hijos
 Me acosaran por siempre. No peleo
 Contra infelices turbas, cuyos brazos
 Se alquilan para hacer que lanzas lleven.
 O tú, Macbeth, ó envainaré mi espada
 Intacto el filo. Allí quizás te halles,
 Pues tan gran clamoreo, la presencia
 De alguien de nota indica. Solo hallarlo,
 Yo te pido, Fortuna. (Vase.—Clarines.)

Entra MÁLCOLM y el viejo SUARDO.

SUARDO. Llegad, señor, rindióse ya el Castillo.
 Las tropas del tirano se dividen:
 Con noble ardor se batien los señores,
 Y el día ya por vuestro se declara.
 Poco resta que hacer. Hemos hallado
 Enemigos que luchan por nosotros.
 Entremos, pues, señor, en el Castillo.
 (Vanse.—Clarines.)

Vuelve á entrar MACBETH.

MACBETH. ¿Por qué morir como el Romano imbécil
 Sobre mi espada? Mientras vidas vea
 Sobre ellas caigan mis terribles golpes.

Vuelve á entrar MACDUFF.

MACDUFF. Detente, alano de Luzbel, detente.

MACBETH. Evitar tu presencia he procurado.
 Huye de mí. Repleta asaz mi alma
 De sangre tuya está.

MACDUFF. No te respondo.

Va en mi espada mi voz, tú, más infame
 Que las palabras describirte pueden.

MACBETH. Pierdes el tiempo. Te será más fácil

El aire hender con tu cortante espada
Que herirme á mí. Descarga el hiezo duro
En frentes vulnerables, que yo llevo
Vida hechizada, que rendir no puede
Quien nació de mujer.

MACDUFF. Tu hechizo es vano.

El genio á quien serviste te declare
Que arrancado Macduff antes de tiempo
Fué del materno vientre.

MACBETH. Maldecida esa lengua que lo anuncia
Y mi poder indómito arrebatada.
Necio quien fía de engañosos genios,
Que con doble sentido así nos burlan;
Y cumplen en palabras sus promesas,
No en realidad.—Contigo yo no lucho.

MACDUFF. Pues ríndete, cobarde.
¡Vive! Serás ludibrio de las gentes.
Cual monstruo extraordinario te ataremos
A un poste, con un lema que así diga:
«¡Aquí veis al tirano!»

MACBETH. No me rindo
Para besar el suelo que sustente
Al joven Málcolm, y sufrir humilde
La maldición del vulgo. Aunque la selva
De Birnám ha venido á Dunsinánia;
Y aunque tú de mujer no hayas nacido,
Batallaré hasta el fin.—Y, así, mi escudo
Ante mi pecho está. Macduff, golpea:
Quien diga «basta ya» maldito sea.

(Vanse peleando.)

Retirada.—Clarines.—Vuelven á entrar, con tambores y banderas, MÁLCOLM, el viejo SUARDO, ROSS, SEÑORES y soldados.

MÁLCOLM. Plegue á Dios que retornen los amigos
Que nos faltan.

SUARDO. Caer algunos deben;
Y, sin embargo, tan glorioso día,
Por lo visto, señor, caro no cuesta.

MÁLCOLM. Faltan Macduff y vuestro noble hijo.

ROSS. Vuestro hijo la deuda del soldado
Satisfizo, señor. Vivió tan sólo
Hasta hombre ser; y apenas en el puesto
Que le tocó ocupar, lo comprobaba
Su indómito valor; murió cual hombre.

SUARDO. ¿Murió, decís?

ROSS. Sí tal. Murió en el campo.
El dolor que os produce, no se mida
Por su valer, pues fin tuviera nunca.

SUARDO. ¿Y fué herido de frente?

ROSS. Sí, de frente.

SUARDO. Entonces que soldado de Dios sea.
Tuviera tantos hijos cual cabellos,
Y muerte igual que les cupiera á todos.
Su hora sonó.

MÁLCOLM. Más duelo se merece;
Y ver me toca á mí que se le otorgue.

SUARDO. Valió lo que aquel acto representa.
Como honrado al partir pagó su cuenta.
¡Dios le haya!—Consuelo aquí tenemos.

Vuelve á entrar MACDUFF con la cabeza de MACBETH.

MACDUFF. Salve, Rey, pues lo sois. La vil cabeza
Ved del cruel usurpador cortada.
Gozamos libertad, y rodeado
De las joyas estáis de vuestro reino.
Por ellas hable yo; pero sus voces
A la mía se unan que os proclama

Rey de Escocia.

SEÑORES.

¡Salud al Rey de Escocia!

(Clarines.)

MÁLCOLM. No dejaré que el tiempo se dilate
Sin ajustar las cuentas de cariño
Que debo á cada cual, y de saldarlas.
Nobles señores y queridos deudos,
Condes sois. Los primeros que en Escocia
Alcanzan tal honor. Más adelante
Cumplidos quedarán otros deberes.
A sus casas haré que luégo tornen
Amigos desterrados que eludieron
Las redes de incesante tiranía,
Y asechanzas de bárbaros sicarios
Del muerto monstruo y su infernal consorte,
Que es fama que á sí propia se dió muerte.
Esto he de hacer y lo que justo sea
A tiempo, con mesura y donde fuere
Con el auxilio que el Señor me diere.
Gracias, pues. Cada cual queda invitado
Para verme en Esconia coronado.

(Vanse.—Clarines.)

FIN DE MACBETH.